

instalada la corte de París abandonó la Asamblea nacional, emigró á su provincia, al Delfinado, en donde quiso promover una contra-revolución, mas habiendo fracasado, abandonó á su vez á su patria para siempre retirándose á Ginebra.

Imposible es pasar por alto este ejemplo de falta de valor cívico en el hombre que presidía la Asamblea nacional. Pero así son casi siempre los pruden-

tes. Valientes en pedir la represión y la severidad cuando se creen cubiertos, cobardes cuando es necesario exponerse para conseguir los fines de su política no siempre condenables. Muchos fueron los que el 6 de Octubre vieron posible ya el fin y la destrucción de la monarquía, pero no todos imitaron á Mounier, y á estos hombres que creyeron poder conciliar la revolución con la monarquía, llegando



La reina y Lafayette en el balcón del palacio de Versailles

á perecer víctimas de esta convicción, á estos hombres, cualesquiera que fueran sus errores, se debe más consideración que al desertor Mounier.

Resolvió la Asamblea en vista del discurso de Maillard que una diputación de su seno fuera á ver al rey para exponerle la situación de París y la necesidad de un pronto remedio, y dicho se está que esta diputación al salir fué acompañada por las mujeres que no perdían tiempo en alborotar. Cerca ya del real palacio creyó la guardia, los guardias de Corps, que aquello era un motín que avanzaba, y cargó á la muchedumbre renovando de esta suerte

las extinguidas cóleras. El rey resolvió en el acto la petición de las mujeres dando una orden firmada por su mano para que se proveyera de granos á París. Aclamaron las mujeres al rey, y Maillard las recondujo en su mayoría á París.

Quedaron, sin embargo, muchas de ellas en Versailles esperando el pan que se les había ofrecido, y no pocos de los hombres que les habían acompañado, y naturalmente, aquella multitud anónima no podía menos de inspirar el desdén. Del desdén se pasó al menosprecio, y del menosprecio se pasó á las vías de hecho. Hubo sus tiros, se mandó que los

guardias de Corps se encerraran dentro del parque de palacio, y como se hubiese muerto de un tiro un caballo, la hambrienta multitud lo asó y se lo comió. Tan positiva era la hambre.

El rey recibió por la tarde un despacho de Lafayette anunciándole su partida para Versailles. Pues bien, este billete del general llenó á la corte de terror, cuando había de saludarlo con júbilo porque iba á tener por fin á su lado la fuerza necesaria para hacer respetar su dignidad á todo el mundo. Pero

Lafayette había hecho pedir á Toulageon la aprobación de la declaración de los derechos, y en la corte nadie dudó que ahora la exigiría al frente de las bayonetas de la guardia nacional. Entonces se discutió de nuevo si lo que convenía no era partir cuanto antes de Versailles, lo que era encender la guerra civil; la reina y varios ministros sostuvieron la afirmativa. Necker empleó toda su elocuencia para que no se realizase tan funesto pensamiento, pero todo fué en vano, la corte decidió partir, pero la



FAVRAS

guardia nacional de Versailles, que había hecho causa común con los parisienses, decidió lo contrario, de modo que, cuando puestos los carruajes iban los reyes á salir, los guardias cerraron la verja del Dragon, y Luis XVI quedó bloqueado en su palacio. Entonces fué cuando hizo pública la sanción de los derechos del hombre y del ciudadano. ¿Es posible agradecerle á Luis XVI ninguna de las conquistas de la revolución? Si nosotros no podemos agradecerse, júzguese cómo debían estimar su conducta sus contemporáneos.

Lafayette no recibió la orden de partir para Versailles hasta las cinco de la tarde, y con él salieron dos representantes de la Asamblea municipal parisién encargados de presentar al rey sus deseos. Ahora vamos á ver si nosotros nos hemos impuesto bien de los sucesos y si los hemos explicado tal como se desarrollaron en la imaginación de los contemporáneos, puesto que París iba á darnos el

programa de la revolución de Octubre. Lo que París pedía era simplemente lo siguiente:

- 1.º Que Luis XVI no hiciera hacer el servicio de palacio por más tropas que la guardia nacional.
- 2.º Que mandara entregar al municipio de París toda la documentación oficial relativa á las medidas que se habían tomado para atender á la alimentación de dicha ciudad.
- 3.º Que sancionara sin nuevas dilaciones la declaración de derechos.
- 4.º Que fijase en París su residencia.

Programa más inofensivo no puede darse, y este programa que puede resumirse en la tercera petición, prueba que sólo se salía de la capital para obtener, lo repetimos, lo que ya la Asamblea nacional era impotente para alcanzar.

Lafayette, al subir á palacio acompañado sólo de los dos comisionados municipales, fué saludado á los gritos de «aquí está Cromwell,» «paso á Cromwell,»

y sin embargo este Cromwell hizo jurar á sus quince mil soldados á las mismas puertas de Versalles fidelidad á la nación, á la ley y al rey. Cierta que ya el rey no llevaba como antes la cabecera á la nación y á la ley, pero Lafayette no entendía suprimirlo. Nunca pensó, ni en el siglo XVIII ni en el XIX que pudiera Francia vivir sin rey, ni monarquía.

El rey se excusó con Lafayette, mintiendo, que es el pecado que en lo sucesivo el mogigato Luís XVI tendrá más que reprocharse, pues le aseguró que no había pensado en salir de Versalles ni separarse de la Asamblea nacional, cuando era casi notorio todo lo contrario. Respecto del primer punto, transigió dando el servicio interior de palacio á los guardias de Corps, y el exterior á la guardia nacional. Lo demás estaba ya resuelto.

A las tres de la madrugada la quietud y el silencio propios de la noche reinaban en todas partes. La Asamblea nacional había levantado la sesión, y los quince mil hombres de Lafayette juntos con los parisienses que se habían quedado en Versalles, se las arreglaron como pudieron, instalándose en las iglesias, cuarteles, cafés, pórticos, en fin, en donde quiera que podían hallar un refugio para resguardarse del frío, que ya por esta época del año son frías las madrugadas en Versalles.

Dicho se está que cuando se hubo de dejar á la gente que se las arreglara como pudiera, habían de ser no pocos los que los pasaran mal; de aquí resultó que una partida de gente forzó entre cinco y seis de la mañana las verjas de los patios de palacio llamados de los Príncipes y de la Capilla, evidentemente, y no hay por qué hablar de la mala catadura de sus individuos, para proporcionarse un abrigo. Como en dichos patios no había guardias ni centinelas nada fué más fácil, pero en cuanto trataron de pasar más adelante, un tiro disparado dentro de palacio por uno de los pocos guardias de Corps que en él habían, pues á los más se les había hecho salir de Versalles para evitar un conflicto, dejó cadáver al que iba adelante. Esta imprudencia de la consigna militar exasperó á la multitud, que se arrojó furiosa al interior de palacio, penetró en el patio de mármol, invadió la grande escalera, forzó las puertas de la sala de los guardias de Corps, mató á dos de éstos, hirió á otros y ya allí estaba junto á las habitaciones de la reina, que en medio de la mayor congoja tuvo que escapar semi-desnuda de

su lecho y refugiarse en las habitaciones del rey. Interin los guardias de Corps protegían su escapatória tras unas barricadas improvisadas en el punto que llaman l' Oeil de Boeuf, pero allí hubieran perecido todos asesinados si no hubiesen corrido á salvarles los guardias nacionales asalariados, ó sean los guardias franceses guiados por un sargento que había de cubrir su gloria de imperecedera fama, por un versallés que se llamaba Hoche.

Lafayette, enterado de lo que ocurría, acudió inmediatamente á palacio para expulsar á la muchedumbre que lo había invadido cometiendo toda clase de desmanes en personas y cosas, y sobre todo para salvar á los guardias de Corps, lo que logró no sin dificultad por la exasperación del pueblo, pero gracias á sus guardias nacionales que presentó al rey á quien juraron morir por él si era necesario, fué evacuado el palacio, pero no los patios en donde se había amontonado la muchedumbre que á la vez que aclamaba á los reyes pedía que marcharan á París. Luís XVI salió una y otra vez al balcón del patio de mármol para saludar y calmar la agitación, y creyendo que ésta no disminuía por no presentarse Maria Antonieta que estaba recelosa del recibimiento que se le haría, Lafayette la decidió, y la reina con su hijo en los brazos salió al gran balcón del patio de mármol y allí en presencia de todos, Lafayette, le besó respetuosamente la mano. Esto produjo una escena de delirio patriótico, aclamándose á la reina con verdadero frenesí amoroso, lo que indujo al rey á suplicar al general que hiciese algo por sus guardias de Corps, á lo que accedió gustoso Lafayette, presentándose con uno de ellos en dicho balcón, le dió su escarpela tricolor y le abrazó afectuosamente, repitiéndose con este motivo los vítores á los reyes y los gritos de ¡á París! ¡á París! Entonces el rey se declaró pronto á partir, y al recibir este aviso la Asamblea, Mirabeau presentó la proposición de trasladar la Asamblea á la capital, lo que se acordó por unanimidad, y á la vez se nombró una comisión de cien miembros encargada de escoltar á los reyes ó de acompañarles.

Los reyes salieron á las dos de la tarde de Versalles que no debían volver á ver jamás, y á donde no volvieron jamás luégo los reyes de Francia, para instalarse en las abandonadas Tullerías que la Comuna de París abrasó en 1871.



CAPITULO V

LA CONSTITUCIÓN CIVIL DEL CLERO

Actitud de Bergasse, Mounier y Mirabeau.—Entra Mirabeau en relaciones con la corte.—El conde de La Mark.—Propone Mirabeau que la corte se retire á Ruan.—Inteligencias entre Mirabeau y el conde de Provenza.—Inténtase el soborno de Lafayette.—Actividad constitucional y reformadora del clero.—La venta de los bienes del clero: el obispo de Autun Tayllerand la reclama.—Mirabeau, Le Chapelier y Thouret le apoyan.—Fundamentos de derecho en que se apoyaban.—Actitud del alto y bajo clero.—El abate Jallet.—Votación del 2 de Noviembre.—Mirabeau cree llegado el momento de obrar.—Origen de los asignados.—Sesión de la Asamblea del 7 de Noviembre.—Energía desesperada de Mirabeau.—Firmeza de la Asamblea.—Si fué ó no justa su resolución excluyendo del gobierno á los diputados: Sybel.—Cómo disolvió la Asamblea los parlamentos.—Protestan sus salas de vacaciones.—Indiferencia con que son acogidas.—Conspiración del obispo de Treguier.—La unificación de Francia: Sieyes y Thouret.—Mirabeau federalista.—Crítica de la obra de Sieyes.—Abolición de los títulos nobiliarios.—Apoyan la petición Lameth y Lafayette.—Ley electoral. Lucha entre el señor *** y Mirabeau.—Barnave y E. Martín.—Crítica de la ley.—La reforma judicial.—Ruptura entre Mirabeau y el conde de Provenza.—Continúa la conspiración con Favras.—Descúbrense: prisión de Favras.—Temores de Mirabeau.—Cobardía del conde de Provenza.—Ejecución de Favras, 19 de Febrero de 1790.—Cómo se salvó el conde de Provenza.—Hace desaparecer el proceso á su advenimiento al trono.—Situación del rey.—Consigue La Mark una inteligencia entre la corte y Mirabeau.—Por cuanto se vendió el conde de Mirabeau.—Singular situación en que quedaba el gobierno: la conspiración de la corte.—Recelos y desconfianzas de la corte.—Impotencia de Mirabeau.—Su enojo.—Resuelve imponerse á la corte.—Cómo vino á tratarse del derecho de paz y guerra.—Complot de la corte—Cómo Mirabeau lo desbarata.—Terror de la corte.—Mirabeau le tiende la mano.—Acaloradas discusiones en la Asamblea.—Lameth, Duquesnoi, Robespierre y Barnave niegan al rey el derecho de hacer la paz y la guerra.—Mirabeau interviene en favor de la prerogativa regia.—Rewbell, Menou y Aiguillon en contra de Mirabeau.—Hábil retirada de Mirabeau.—La traición del conde de Mirabeau.—La cuestión económica.—La deuda flotante.—Cómo se acuerda enjugarla.—Venta de los bienes del clero por cuatrocientos millones.—Se declara forzoso el curso de los asignados: 17 de Abril de 1790.—Dom Gerle y su proposición de que se declare única religión del Estado la católica.—Discurso de oposición de Mirabeau.—Decreto de la Asamblea.—Protesta revolucionaria de la minoría.—Enciéndese la guerra civil en el Mediodía.—Sucesos de Nimes y de Montauban.—Marsella, Montpellier y Valence.—Aviñon reintegrado á Francia: fin del dominio papal.—El 13 de Junio de 1790, en Nimes.—Organización de la Iglesia católica: el abate Gregoire.—Opinión de Martín sobre la Constitución civil del clero.—Robespierre.—Venta total de los bienes del clero.—Actitud de Luís XVI.—Pide la intervención del Papa.



La revolución se había al fin apoderado del rey, lo había hecho su prisionero, y esto que vieron muchos claro, es lo que motivó revoluciones tan extrañas como la fuga de Mounier, quien por desgracia no fué el primero de los hombres de la revolución que desertó de su puesto,

pues, antes que él, Bergasse por no querer jurar la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano se retiró de la Asamblea y se entregó á la reacción que nunca le hizo caso. Entre los que creyeron que era necesario frenar la máquina revolucionaria se encontraba Mirabeau.